EUROPA DESDE FUERA

Jordi Solé Tura

Cada vez que salgo de Europa me reafirmo en la convicción de que el centro de gravedad de los grandes movimientos políticos y sociales se traslada de manera irreversible hacia los otros continentes. Yo estoy íntimamente convencido de que a menos que seamos capacesde dar un giro terminante a la tendencia actual de nuestra civilización, dentro de cuarenta o cincuenta años Europa será una especie de reserva de un determinado tipo de cultura, pero carente de una influencia decisiva en la solución de los grandes problemas mundiales.

Basta mirar un mapa para percibir que Europa es un continente diminuto dividido en múltiples fronteras y en muy diversas lenguas, carente de los recursos energéticos principales, sin espacios libres para nuevas iniciativas económicas o sociales. Es, además, un continente dividido en dos sistemas sociales diferentes y enfrentados, y transformado en campo de batalla principal del posible conflicto entre los dos grandes bloques. En realidad, es un continente ocupado por las fuerzas militares de las dos grandes potencias, erizado de armas nucleares que los propios europeos no controlan y sometido a las directrices económicas ,políticas y militares de los dirigentes de las superpotencias.

En América, en Africa, en Asia uno tiene la sensación de que pese a las enormes dificultades actuales, todo está por hacer. En Europa, en cambio, la sensación es de que ya todo está más o menos hecho y de que la única posibilidad que queda es la de la reforma, el retoque de lo existente.

Brasil, Argentina, México son inmensos países agobiados por la deuda exterior, por la dominación norteamericana, por el predominio de oligarquías internas. Pero las posibilidades de futuro son inmensas si consiguen asegurar su independencia y si son capaces de forjar unos sistemas políticos y sociales de nuevo cuño que les permitan explotar racionalmente sus inmensas posibilidades. Y esto mismo se puede afirmar de los enormes territorios de Africa

y Asia y de los países más pequeños de todos estos continentes si consiguen emanciparse de las dependencias coloniales o semicoloniales, unirse y no caer en la lógica diabólica del enfrentamiento entre los grandes bloques.

La situación de Europa es difícil, pero quizá no irremediable. Ahora mismo asistimos a la crisis della Comunidad Económica Europea que es, en definitiva, la crisis de la unidad de Europa. Las causas de las grandes dificultades actuales son diversas, pero yo creo que la principal es la total subordinación de los países europeos a los intereses de las potencias rectoras de cada uno de los dos bloques que dividen el continente. La Europa capitalista, por ejemplo, tiene dificultades enormes para superar su crisis porque dedicauuna parte importante de sus recursos a financiar el déficit de los Estados Unidos y otra parte no, menos importante a mantener unos gastos militares totalmente deproporcionados.

Europa no tiene futuro sin unidad. No habrá unidad si no se supera la lógica de los bloques político-militares. Por eso el problema de la paz, del desarme, de la disolución de los bloques es algo más que una cuestión de tácticazpolítica o de pacifismo doctrinal. Es una cuestión decisiva para el futuro de todo el continente y, por consiguiente, para del futuro de cada uno de los países que lo integran, el nuestro entre ellos.

Cada cesión a la lógica delos bloques, en un sentido o en otro, es un paso atrás, una renuncia a la posibilidad de abrir un futuro que hoy aparece bloqueado. Entrar en la OTAN o salir de ella es algo más que una opción coyuntural. Es aceptar o no una subordinación que no nos deja ningún espacio de maniobra y que el avance imposibilitat hacia la auténtica unidad europea. Y lo mismo cabe decir de otras grandes opciones de política internacional, muy especialmente en lo que se refiere a las relaciones Norte-Sur.

Sé perfectamente que la lucha por esta independencia europea es difícil. Incluso puede parecer optimista hablar de Europa como reserva cultural en el futuro, cuando uno contempla la penetración de otras formas culturales impuestas por grandes multinacionales. Pero no podemos resignarnos a la actual situación, ni aceptar pasivamente nuestra subordinación como continente porque ello equivale a aceptar nuestra sumisión como país y nuestra incapacidad para cambiar de verdad las cosas.

La Vanguardia 3.4.84